

China y los países africanos, ¿un modelo de relación a seguir?

Abraham Navarro García

EL COLEGIO DE MÉXICO

MÉXICO

int.personne@gmail.com

Resumen

Las relaciones entre China y África se han intensificado desde el 2000 conforme al esquema liberal de las reformas del país en 1978 y a pesar de la crisis de 2008. Evaluar tales relaciones como modelo de desarrollo y de proyección al exterior requiere estudiar su historia, la crítica sesgada de que han sido objeto y su desarrollo actual. El Estado chino ha protegido sectores estratégicos y promovido el esquema de beneficio mutuo, eje de las relaciones sino-africanas. Desde el lado africano, el aprovechamiento de su relación con China depende de su propia voluntad política para construir un proyecto nacional.

Palabras clave: China, África, política, desarrollo, Darfur.

China and the African Countries: A Model of International Relations?

Abstract

The relations between China and Africa have deepened since 2000, following the liberal schema of the 1978 reforms and despite the crisis of 2008. Assessing such relations as a model for development and international interaction requires an analysis of Chinese history, of the biased criticism directed at the Asian country, and the latter's current development. The Chinese State has protected strategic sectors and promoted a "win-win" strategy that is the core of Sino-African relations. From the perspective of African countries, taking advantage of the relationship with China depends on their political will to define a national project.

Keywords: China, Africa, politics, development, Darfur.

Mucha gente trata de dar indicaciones para el desarrollo de África conforme al “Consenso de Washington” o al “Modelo de Beijing”. Me parece que el desarrollo de África debe basarse en sus propias condiciones y seguir su propio sendero, ese es el modelo africano.

*Wen Jiabao, Primer Ministro de la República Popular China
Foro de Cooperación África-China
noviembre de 2009*

Introducción

La proyección económica y política de la República Popular China a nivel mundial es uno de los temas que más ocupa a los estudiosos de las relaciones internacionales hoy día. El debate continúa respecto a la viabilidad a largo plazo de la política económica adoptada por el país asiático, pero ello no obsta para que algunos académicos ya declaren la reconfiguración de un mundo bipolar, con China sustituyendo a la Unión Soviética (Jalife-Rahme, 2010).¹ África es uno de los espacios donde la competencia por proyección comercial y política con las potencias tradicionales occidentales se expresa con mayor fervor. La importancia de África para China es tal que fue considerada como uno de los espacios privilegiados para la construcción de zonas económicas especiales fuera de China en el XI Plan Quinquenal de 2006 (Brautigam, 2010: 2). Otra muestra del ascendente interés en el continente es la fundación del Centro de Investigación de China y África, adscrito al Ministerio de Comercio de China, el 17 de agosto de 2010 (Ding, 2010b).

La continuidad de la política económica de China en África durante la recesión de finales de 2008, también avala la importancia del continente en las medidas contracíclicas del país, en primera instancia, y en su estrategia de proyección económica y política a mediano y largo plazo. Mientras la inversión extranjera general en África presentó una caída del 30% durante el primer trimestre de 2009, la de China en los sectores minero, manufacturero, agrícola y de infraestructura del continente en dicho periodo creció un 78.6%, según fuentes del país (Ding, 2010a).

Para valorar las relaciones sino-africanas es necesario abstraer la diversidad en las relaciones bilaterales, que son definidas por la fortaleza o debilidad de las instituciones en los países africanos y la adaptación de China a cada caso. Desde la perspectiva del continente, sólo Sudáfrica presenta una estrategia en su relación con el país asiático. El presente estudio, para acercarse a una evaluación de un concepto de relación país-continente, se

debe enfocar necesariamente en China, que además cuenta con una estrategia clara de proyección. Brasil ha seguido una estrategia similar, pero no es este el espacio para dilucidar si es más pertinente hablar de un modelo “sino-brasileño”.²

Una vez definido el enfoque resta mencionar los pasos a seguir en este estudio. En primer lugar, es menester revisar las condiciones históricas que modelaron las relaciones sino-africanas hasta la liberalización de las mismas, que es el espíritu de su estado actual. La segunda parte de este análisis atiende la crítica al “modelo” chino. Diversos estudiosos de las relaciones sino-africanas las han interpretado como una forma resurgente de colonialismo. La temeridad de este enfoque invita a analizar las implicaciones de las relaciones asimétricas en términos de recursos económicos y peso político, pero también los intereses y sesgos que subyacen a este tipo de planteamientos. La tercera sección del escrito es propicia para dar seguimiento al cauce presente de las relaciones y para reflexionar sobre la pertinencia de confirmar o rechazar la existencia de un “modelo chino” de desarrollo y de proyección al exterior.

1. Panorámica de una larga y dinámica relación

1.1. La etapa ideológica de la relación

Aunque eventualmente China pudo integrarse plenamente al grupo de naciones que resultaron victoriosas en la Segunda Guerra Mundial, el país se vio desde su propia fundación enmarcado en la dinámica maniquea de la Guerra Fría. Durante la guerra civil que había antecedido al triunfo comunista, Estados Unidos había manifestado su preferencia por los nacionalistas. Dicha preferencia condujo a que la República de China (Taiwán) conservara la representación en la heredera de la Sociedad de Naciones, la Organización de las Naciones Unidas. De esta forma, China (la República Popular) quedó aislada del foro internacional más importante del momento. Esta disputa por el pleno reconocimiento en el orbe marca hasta nuestros días las relaciones exteriores de las dos Chinas.

La Conferencia Afro-Asiática de Bandung, celebrada en 1955 y convocada por Indonesia, Burma, Pakistán y Ceilán (actual Sri Lanka), fue ocasión propicia para que los líderes chinos comenzaran a revertir el aislamiento internacional. De ese foro surgieron una serie de principios que servirían a China como eje interpretativo del derecho internacional y como cuerpo doctrinario de su política exterior, al menos en el discurso.

Entre los llamados Cinco Principios de Coexistencia Pacífica destacan los de respeto a la soberanía y de no intervención. Otro eje doctrinario de la política exterior china es la “teoría de las contradicciones” de Mao Zedong (1971), una interpretación filosófica concebida en 1937 según la cual es posible identificar los elementos contradictorios al interés del Estado chino, según las circunstancias históricas del momento. Entre tales elementos hay una contradicción principal a la que es preciso contrarrestar.

Conforme el distanciamiento entre China y la Unión Soviética fue adquiriendo tonos de abierto conflicto desde la segunda mitad de los años cincuenta, esta superpotencia sustituyó paulatinamente a Estados Unidos en el lugar de la “contradicción antagónica”. Dichas circunstancias aumentaron el sentido de urgencia por ampliar y profundizar las relaciones con los países africanos, con el agravante del declarado interés de la Unión Soviética por hacer lo propio desde 1958. La década de los sesenta estuvo marcada por el apoyo de los líderes chinos a distintos movimientos de liberación en el continente, particularmente si los regímenes afectados no tenían relación con China. Por lo anterior resulta factible considerar a esta proyección militarista de bajo perfil una extensión de la diplomacia del país (Snow, 1988: 291).³

Entre 1963 y 1964, los líderes chinos definieron ocho principios en torno a la concesión de ayuda. El aspecto más importante y que ha trascendido hasta nuestros días es el planteamiento de un esquema de ayuda de beneficio económico mutuo. Dentro del contexto de acercamiento de Estados Unidos con China y de la rotunda definición de la Unión Soviética como la contradicción antagónica, Mao Zedong difundió en 1974 su “teoría de los tres mundos”. Una idea de tal doctrina permanece en el discurso de la política exterior del país, China se asume la cabeza de los países atrasados para encauzar su emancipación económica y social.

1.2. La liberalización económica de la relación

La apertura de China mediante la puesta en marcha de las reformas de 1978 se tradujo en una moderación del discurso y objetivos ideológicos de la política exterior y en una disminución de la intensidad de las relaciones con los países africanos. El cambio se explica por el acceso que el país asiático fue ganando en organismos internacionales diversos. En los últimos años de la década de los ochenta, el discurso de China hacia los países africanos tiene claros tintes liberales en términos económicos.

Fue necesaria otra crisis política internacional para que África recobrar su lugar destacado en las relaciones exteriores de China. En junio de 1989

el gobierno del país reprimió brutalmente una manifestación estudiantil en la plaza Tiananmen. Las potencias occidentales y Japón reaccionaron con sanciones económicas. La caída del bloque comunista en Europa hizo más apremiante la necesidad de recuperar influencia en el exterior. Un nuevo concepto ocupa desde entonces otro de los ejes del discurso político diplomático de China, el multilateralismo. Tuvo buena receptividad en los medios de comunicación por el rechazo a la hegemonía global indiscutible de Estados Unidos.

Los efectos de la apertura económica de China a finales de los setenta comenzaron a sentirse en 1993, cuando el índice de especialización de diversas manufacturas superó al aplicado en productos primarios, es decir, en el momento en el que hay una inserción importante de la industria china en las cadenas de valor internacional, aunque sea en los procesos con mayor intensidad de trabajo-hombre (Chi, 2003: 175-6).⁴ En el mismo año el gobierno del país comenzó a importar petróleo para satisfacer su actividad industrial. La necesidad de crudo y los planes de liberalización de las compañías petroleras impulsaron la proyección internacional de las mismas en diversas regiones del mundo, entre ellas África.

El Foro de Cooperación África-China (FOCAC) ha sido desde su apertura en 2000 el primer esfuerzo del país asiático por dar un sentido multilateral y multirregional a los vínculos bilaterales sostenidos con los países del continente en la etapa de liberalización económica descrita. El país también se ha integrado al Banco Africano de Desarrollo y al Banco de Comercio y Desarrollo del Este y Sur de África (Thompson, 2007: 44-55). La frase que resume los objetivos de los proyectos presentados en los foros es “*win-win*”, es decir, beneficio mutuo. El gobierno del país ofrece atractivos créditos para construcción de infraestructura vinculados a la adquisición de materias primas desde China. No necesariamente se trata de préstamos blandos, sino de líneas de crédito fijas o transferibles dirigidas a las compañías energéticas y de construcción para sus estrategias de internacionalización. Las instituciones que con más frecuencia canalizan los recursos son el Banco de Exportaciones e Importaciones de China y el Banco de Desarrollo de China (Brautigam, 2010: 182). La estrategia de ayuda del país asiático al continente también se expresa como condonación de deuda, regularmente, durante la celebración de los foros.

2. La crítica al “modelo” y la “amenaza china”

Los préstamos de China a los países africanos se ofrecen bajo el discurso del respeto a la “no intervención”, es decir, sin cortapisas políticas.

En realidad, la pretensión de los líderes chinos de mantener separados los negocios de la política ha sido más fácil de proclamar que de llevar a la práctica. Hay de hecho una condición política al estrechamiento de relaciones, el reconocimiento de la República Popular como la única China. El enfoque descrito coarta uno de los mecanismos más importantes que las potencias occidentales han utilizado para ejercer una influencia política en los regímenes africanos, particularmente en torno a la promoción de la democracia de acuerdo con sus parámetros. En otros términos, los proyectos de desarrollo promovidos por el país asiático representan un desafío al denominado “Consenso de Washington”, es decir el modelo de desarrollo planteado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional. El innegable reacomodo de poder ha motivado la elaboración de esquemas de análisis de relaciones internacionales con un corte marcadamente realista o desde una perspectiva sesgada desde el neoliberalismo. Este enfoque es conocido como la tesis de la “amenaza china”.⁵ En tal tendencia intelectual, de forma explícita o velada, se expone un contraste en el cual salen favorecidos los esquemas de desarrollo hacia África por las potencias occidentales frente a los de China.

El tipo de estudio señalado ha tenido, por otro lado, la virtud de enfatizar aspectos objetivamente negativos de la relación sino-africana: la carencia de mecanismos de transparencia en el manejo de los recursos (Taylor, 2007); la competencia de bienes importados de China con productos africanos; el aprovechamiento de la debilidad institucional de algunos países por parte de los negociadores chinos para obtener concesiones de explotación (Lemos y Ribeiro, 2007: 63-70; Askouri, 2007: 71-86); los problemas que pueden emanar de un estancamiento de los países africanos en su papel de exportadores de materias primas (Mattu, 2010) o la falta de prudencia de los líderes chinos para manejar las relaciones con países elevadamente conflictivos, como Sudán y Zimbabwe.⁶ Respecto al primer punto es menester señalar que el propio FOCAC sirve como mecanismo de inspección periódica.

La politización de las relaciones también se concreta mediante el aprovechamiento por parte de China de su posición permanente en el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, la cual puede traducirse en protección contra la articulación de operaciones de intervención humanitaria o al menos en el retraso de las mismas. La aparente falta de condiciones políticas del discurso de los líderes chinos respecto al continente debe más bien leerse como una orientación distinta a la agenda democratizadora de las potencias occidentales. La circunstancia de reacomodo de poder global,

mencionada líneas atrás, ha fortalecido en los líderes chinos la defensa del principio de “no intervención”, una garantía para la propia China contra la posibilidad de repetir la desafortunada historia de confrontación con las potencias tradicionales. África ha sido un espacio estratégico en este objetivo cabalmente político.

No obstante el apego al objetivo descrito, China se ha incorporado paulatinamente a las operaciones internacionales de paz en África desde 1992. La justificación política de la participación china en tales movilizaciones ha sido sustentada en un modelo de intervención que procura minimizar la injerencia política de las misiones (Choedon, 2005: 44-48). Los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 trajeron consigo el encauzamiento de la agenda estadounidense en el noreste y sudeste de Asia hacia la lucha contra el terrorismo. China ha incorporado en su política exterior los asuntos “no tradicionales” de seguridad. Este giro implica un cierto acercamiento al enfoque de las potencias tradicionales respecto a la intervención internacional, tema que sin duda impacta las vías que puede adoptar la relación con África en su condición de principal continente objeto de tales iniciativas.

Los críticos del “modelo chino” han puesto un especial énfasis en las relaciones de China con Sudán, un supuesto botón de muestra del resto de las relaciones con el continente. La necesidad de petróleo del país asiático lo llevó a invertir en el país africano en 1995. Desde los años setenta, el gobierno sudanés ha ido perdiendo el control de la región de Darfur, en buena medida por la inscripción de la región en la dinámica de la Guerra Fría. En 1995 se intensificaron las disputas entre grupos étnicos por territorio y agua. Diversas compañías petroleras occidentales se retiraron entonces del país, vacío que aprovecharon los líderes chinos para colocar a su país como el máximo inversionista en Sudán por este concepto. El significativo aumento de la violencia inter-étnica en 2003 llevó a la internacionalización mediática del conflicto en 2004. En este escenario se ha verificado la presencia de armamento chino en la región que hace suponer transferencias como posible estrategia de compensación comercial por la inversión en crudo y una política de injerencia en el conflicto civil a favor del gobierno, su socio petrolero.

La crítica convencional de la relación sino-sudanesa debe ser sometida a revisión a la luz de otros trabajos académicos que nos permiten apreciar la complejidad del tema a cabalidad. China no es un poder colonial en el sentido académico de la palabra porque entre sus objetivos no está la penetración histórica, cultural, financiera y religiosa, como sí se constató

durante los colonialismos europeos en África (Campbell, 2007). No hay evidencia contundente de que la ayuda china se distribuya principalmente a países con más recursos primarios y con más malos gobiernos. Tampoco hay fundamento para afirmar que la no contratación de una mayoría laboral africana en los proyectos chinos en el continente deriva de una política específica del país asiático. Más bien se debe a la falta de personal local capacitado (Brautigam, citada en Freschi, 2010).

Sobre el petróleo debe puntualizarse en primera instancia que la presencia del recurso en Darfur es prácticamente nula (Flint, 2009), sin embargo, el carácter de la relación bilateral ha determinado el enfoque de China respecto al manejo del conflicto en el Consejo de Seguridad. Asimismo, las actividades petroleras de China en el exterior no están definidas de forma exclusiva por criterios realistas, como lo señalan diversos estudiosos y como lo asume una parte del liderazgo chino, temerosos todos por la eventual escasez y agotamiento del recurso (Constantin, 2005). Hay también una lógica comercial que busca la maximización económica más eficiente, incluso mediante la venta de crudo o de productos derivados en los mercados internacionales.

China es uno de los variados compradores de petróleo africano, pero Estados Unidos es el mayor comprador del recurso; es cliente de Guinea Ecuatorial, país que también ha sido cuestionado en materia de derechos humanos. Algunas compañías occidentales han regresado a Sudán.⁷ Hoy día, mientras los Demócratas presionan a Beijing para que revalúe el yuan, los Republicanos cabildan para que el enfoque de protección al trabajo que aquellos promueven se deje del lado y porque el presente estado de la situación monetaria de China se mantenga. Los beneficios de las grandes corporaciones estadounidenses están en juego. Estos hechos muestran la diversidad de intereses de los sectores empresarial y gubernamental, heterogeneidad presente tanto entre los líderes de las potencias tradicionales como de China. En el último caso los objetivos comerciales a veces se oponen a los diplomáticos, sin embargo regularmente se complementan en la estrategia general de proyección del país.

Un aspecto que muchos analistas no enfatizan es el carácter internacional del capitalismo chino. La “gran fábrica del mundo” es producto de un clima propicio para la inversión externa debido a condiciones institucionales que se critican pero también se aprovechan (Sautman y Yan, 2006). Ciertamente China es el país más beneficiado por la globalización, pero los mayores beneficios de la inversión extranjera directa se los reparten las grandes transnacionales.

En torno a las armas en Darfur, Naciones Unidas y diversas organizaciones internacionales han hecho un enorme esfuerzo por documentar su transferencia desde China. El país asiático es uno de los actores más importantes en este problema pero no el único; Rusia también destaca como proveedor. Lamentablemente ha sido difícil desentrañar los mecanismos a través de los cuales han sido realizadas estas operaciones por la falta de cooperación de los países involucrados, China, Sudán, Rusia, Chad, entre otros, con los grupos de expertos de Naciones Unidas (2006). Sobre este tema es necesaria más información e indagación.

La internacionalización mediática del conflicto en Darfur surgió en el seno de la lucha contra el terrorismo de Estados Unidos (Mamdani, 2009: 23-39), en cierta forma como un enfoque asociado a la perspectiva de la “amenaza china”. La información cuantitativa de las víctimas es poco precisa a la vez que la calificación de la crisis humanitaria en la región no ha podido ser definida con rigor académico como genocidio. Esto no ha impedido que en el terreno legal dicha definición sí haya prosperado, por ejemplo, en el proceso que hoy se sigue al mandatario de Sudán, Omar Hassan Ahmad al-Bashir. Hay además un trato diferenciado de la crisis en Darfur en comparación con la de la República Democrática del Congo o la de Angola, las cuales no suelen ocupar los titulares de los medios masivos de comunicación. Esto no significa que la violencia en Darfur no haya alcanzado niveles alarmantes por las estrategias de desplazamiento forzado y el pretorianismo generalizado o que no exista un proyecto estatal de imposición cultural musulmana.

El punto fino es el reconocimiento de la ausencia de mediadores desinteresados o con autoridad moral histórica. El Reino Unido es el responsable histórico por excelencia al haber fomentado la segregación de sectores nómadas que hoy constituyen el grueso de grupos milicianos en Darfur. Estados Unidos, a su vez, afirma Chengxin Pan, alimenta su auto-percepción de “indispensabilidad” y universalidad egocéntrica mediante la difusión de un análisis sesgado respecto a China, su “antagonista” de ocasión (Pan, 2004: 312).

Otros filones de la discusión son los problemas filosóficos y prácticos que entraña la reforma de las operaciones internacionales de paz. Entre los primeros se cuenta la posible erosión de la noción westfaliana de soberanía en beneficio de un puñado de países poderosos y entre los segundos la falta de voluntad política para fortalecer los mecanismos regionales de resolución de conflictos o para aportar los recursos económicos que les son necesarios a estos últimos. No hay una respuesta contundente a las paradojas señaladas.

Por lo pronto, el discurso chino de defensa del principio de “no intervención” tiene eco ante la unilateralidad de Estados Unidos en un mundo que aparentemente está dejando de ser unipolar. A raíz de la presión internacional ejercida antes y durante los Juegos Olímpicos de 2008, China ha actuado con mayor prudencia en el manejo de sus relaciones con Sudán.

3. ¿Hacia la conformación de un “modelo chino”?

Antes de discutir la viabilidad de la relación de China con los países africanos como “modelo”, es pertinente considerar si la estrategia general de desarrollo de China puede ser vista como tal. Algunos académicos han afirmado la existencia de dicho modelo (Obiorah, 2007, y Marks, 2007) y otros la han negado (Chan-Fischel y Lawson, 2007). La respuesta del país asiático a la crisis financiera de 2008 se ha basado en el fortalecimiento del mercado interno y la protección de sectores estratégicos como el financiero y el energético. Tales medidas han permitido a China dar continuidad en 2008 a su enfoque de inversión exterior diversificada, ocupando África un 10% del total en este rubro.⁸ También hay continuidad en el énfasis puesto en la explotación o adquisición de materias primas. Esto se debe al objetivo de obtener mayor control en la definición de los precios de estos insumos. El hierro tiene particular importancia para la industria china. A diferencia de las potencias tradicionales, el país mantuvo protegido su sector financiero de la gran especulación externa, lo que le permitió, junto con la capacidad de desarrollo de su población, mantener índices de capitalización importantes que le han permitido sostener elevados niveles de inversión en plena recesión (Brautigam, 2010: 178-180).

El tema de la asimetría económica de las relaciones sino-africanas ha ocupado a muchos académicos. Las diferencias estriban en la falta de diversidad de las exportaciones de África a China, concentradas sustancialmente en materias minerales, y en el mayor nivel de valor agregado de las manufacturas chinas que inundan los mercados africanos (Mattu, 2010). La experiencia histórica muestra el peligro de un rezago permanente cuando no hay instituciones suficientemente fuertes para encauzar el desarrollo ni la intención de las potencias asociadas con las élites para coadyuvar en dicho encauzamiento. Las potencias tradicionales tienen en su contra décadas de ineficiencia en este tema, no obstante que los fracasos, en términos estrictos, deben ser compartidos con los regímenes africanos.

La proyección de China en el continente ha generado miedos y expectativas, los primeros han alimentado la tesis de la “amenaza china” y las segundas se fundan en la valoración del éxito de las medidas contracíclicas

del país asiático en 2008 y en la oportunidad que significa la inyección de recursos para el continente. Se espera, por ejemplo, que la inversión de China en África aumente un 20 % en los siguientes tres o cinco años (Ding, 2010b). Entre las ocho medidas anunciadas en el FOCAC de 2009 sobresale el objetivo de retirar tarifas de importación en China a 95% de los productos de los países menos desarrollados del continente. Wen Jiabao prometió en el mismo evento que la ayuda al continente no disminuiría, manteniéndose en \$10,000 US mdd (Xinhua, 2009).

La afectación de los mercados africanos, como los de América Latina, por los productos chinos, deriva en estricto sentido económico de la similitud en los patrones de producción y exportación con los de China. Los países que menos compiten con el país asiático son los que ofrecen productos distintos al exterior. Los países con mayores recursos primarios de interés para Beijing tienen la oportunidad de aprovechar el capital que ingresa como inversión. En este punto comienza el terreno de lo político, pues la definición de un proyecto de desarrollo nacional depende de complejos procesos históricos y sociales. Los líderes chinos han remarcado la importancia de la iniciativa de los gobiernos africanos (*China Daily*, 11 de nov, 2009). Los proyectos de infraestructura más destacados en el continente se han concertado en Angola (Puerto Lobito, \$1,130 US mdd), Libia (apartamentos, \$1050 USmdd), Camerún (carreteras, \$93.7 US mdd) y República Democrática del Congo (carreteras, \$37 US mdd) (Jia, 2009).

Fuera de la extracción de materias primas, los sectores de inversión china que más se desarrollan en el continente son el ensamblaje de electrónicos, la industria farmacéutica y las telecomunicaciones (Brautigam, 2010: 177). Otras formas interesantes de inversión consisten en la adquisición de plantas en quiebra, la compra de acciones de grandes compañías locales sin llegar a tener participación mayoritaria (*Ibid.*, 178-79) y la producción de alimentos para consumo en el propio continente (Saunders, s/f).

Conclusiones

Considerar la relación de China con los países africanos como un "modelo" sólo puede hacerse si se abstrae la multiplicidad de las relaciones bilaterales que son definidas por el carácter institucional de cada país. Dicha abstracción debe hacerse entonces atendiendo a la estrategia general de proyección de China en el continente. La Guerra Fría significó para el país un intenso periodo de aislamiento promovido por Estados Unidos desde la fundación del régimen comunista hasta 1971. La coexistencia con la Unión Soviética fue otra variable dinámica que, junto con la competencia por el

reconocimiento mundial con Taiwán, motivó la proyección internacional de China. El sentido ideológico de las relaciones sino-africanas sentó un precedente de cooperación política entre el país y el continente, mismo que fue aprovechado al replantear los vínculos con parámetros del liberalismo económico a principios de los ochenta.

El concepto de "beneficio mutuo" fue erigido como el eje de las relaciones a partir de ingeniosos esquemas de financiamiento al desarrollo asociados con la adquisición de recursos desde China que a su vez han contribuido al dinamismo económico del país. África en calidad de mercado para los productos chinos surge como arista del crecimiento chino. La asimetría de las capacidades de agregación de valor a los productos de exportación entre China y el continente amenaza con reproducir los fracasos de los planes de desarrollo de las potencias tradicionales. Los líderes chinos han procurado contribuir con la formación de grupos de trabajo para promover el incipiente desarrollo técnico e industrial de los países africanos, pero en última instancia el aprovechamiento de las ventajas sistémicas en la economía global por posesión de recursos primarios depende de la iniciativa africana. La propia responsabilidad es la aspiración de un modelo carente de sistemas de rendición de cuentas al estilo occidental.

En la mediación en torno a los grandes problemas africanos no hay interlocutores cándidos ni soluciones simples. Este es un buen punto de partida para considerar los intereses que siempre están en juego en las grandes decisiones tomadas en los organismos internacionales o en la cobertura de los medios de comunicación. La conciencia de la multiplicidad de intereses resulta útil en la interpretación de fenómenos sólo explicables mediante el análisis del entramado del sistema mundial.

Las relaciones de China con África son inherentemente políticas porque son parte de la redefinición del orden mundial, tendiente a la configuración de bloques de poder económico y político coexistiendo con una superpotencia. El enfoque realista no es el más acertado al estudiar la estrategia económica de China en África. El sesgo de un enfoque de "amenaza china" conlleva no sólo el dudoso beneficio intelectual de empatar el análisis con la agenda política, sino también el de deteriorar consecuentemente la objetividad del primero.

Hasta el momento, los líderes chinos han coincidido en la premisa de proseguir con la apertura comercial pero de forma paulatina y cauta. La protección a sectores estratégicos y el fortalecimiento del mercado interno han permitido la continuidad de la política en África; el papel del Estado ha sido crucial. Estos son los aspectos que podrían considerarse para en un

futuro determinar si ya hay un “modelo chino” de desarrollo y proyección al exterior que plantee una alternativa a la ortodoxia neoliberal. La superación progresiva de la desigualdad regional en China y del aumento de las capacidades industriales en el país como en el continente serán los indicadores más contundentes.

Notas

- ¹ Esta afirmación no es asumida en la escritura de este trabajo.
- ² Rusia e India, los otros dos países frecuentemente citados como parte de los BRIC (junto con Brasil y China), presentan particularidades que impiden el reconocimiento de un modelo “sino-ruso” o “sino-indio”. Aunque Rusia, al igual que China, ha procurado mantener el control de sectores estratégicos, depende básicamente de la exportación de gas y de sus precios internacionales y no de su industria, como en el caso de China. India, por su parte, ha pasado por un proceso de liberalización más acelerado que China, el cual le obliga a mantener un elevado nivel competitivo en el sector de servicios.
- ³ El episodio más cruento de enfrentamiento entre grupos apoyados por chinos y soviéticos tuvo lugar hasta 1975, durante la guerra civil en Angola. Los resultados fueron desastrosos para los grupos respaldados por China en la última fase del conflicto.
- ⁴ Para Chi Hung Kwang la proyección económica internacional del país inicia en 1992.
- ⁵ Buen ejemplo de ello es Copson (1997).
- ⁶ La relación con Zimbabwe no es tan profunda como la que China sostiene con Sudán, sobre todo por la ausencia de recursos significativos en aquel país.
- ⁷ Entre ellas están Lundin (Suecia), ONGC (India), Total (Francia), White Nile (Reino Unido), ABB (Suiza), Alstom (Francia), Siemens (Alemania), Ericsson (Suecia) y Lahmeyer (Alemania).
- ⁸ Sudáfrica y Nigeria son los respectivos mayores socios comerciales del país asiático.

Referencias

- Askouri, Ali (2007). China's Investment in Sudan: Displacing Villages and Destroying Communities. Fironze Manji y Stephen Marks (eds.) (2007). *African Perspectives on China in Africa*. Cape Town, Fahamu, pp. 71-86.
- Brautigam, Deborah (2010). Looking East: Africa's newest investment partners, en *Global Journal of Emerging Market Economies*, 2010: 2, pp. 174-188. Obtenido el 8 de septiembre de 2010 de la base de datos Sage Publications
- Campbell, Horace (2007). China in Africa: Challenging US global hegemony, Manji, *op. cit.*, pp. 119-137.

- Chan-Fishel, Michelle y Roxanne Lawson (2007). Bankrolling the 'Going Out' Strategy: China's Financing of African Aid and Investment, and Implications for Africa's Debt and Development. Marcel Kitissou (ed.), *Africa in China's Global Strategy*. African Renaissance, pp. 108-131.
- Chi Hung Kwan (2003). La superación del síndrome de China en Japón. Información Comercial Española, *Revista de Economía*, mayo-junio, pp. 169-182.
- China Daily* (2009). China's help to Africa is sincere and welcomed by African people. *China Daily*, 11 de noviembre. Obtenido el 2 de septiembre de 2010 desde http://www.chinadaily.com.cn/cndy/2009-11/11/content_8946851.htm.
- Choedon, Yeshi. (2005) China's Stand on UN Peacekeeping Operations: Changing Priorities of Foreign Policy, *China Report*, 41:1, p. 39-57. Obtenido el 8 de abril de 2009 de la base de datos Sage Publications.
- Constantin, Christian (2005). China's conception of energy security: sources and international impacts, Working paper, no. 43, marzo.
- Copson, Raymond W. The U.S. Response to China's Rise in Africa: Policy and Policy Options. Kitissou, *op. cit.*, pp. 56-74
- Ding Qingfen (2010a). Chinese firms boost African investment. *China Daily*, 21 de abril. Obtenido el 2 de septiembre de 2010 desde http://www.chinadaily.com.cn/cndy/2010-04/21/content_9755291.htm.
- _____. (2010b). New think-tank to focus on Africa. *China Daily*, 17 de agosto. Obtenido el 2 de septiembre de 2010 desde http://www.chinadaily.com.cn/cndy/2010-08/17/content_11161575.htm.
- Flint, Julia (2009). Making sense of Darfur. 7 de agosto. Obtenido el 23 de noviembre de 2009 desde <http://blogs.ssrc.org/darfur/2009/08/07/reports-of-oil-in-darfur-are-exaggerated/>
- Freschi, Laura (2010). China in Africa, myths and realities. Obtenido el 7 de septiembre desde <http://aidwatchers.com/2010/02/china-in-africa-myths-and-realities/>, consultado el 17 de septiembre de 2010.
- Jalife-Rahme, Alfredo (2010). ¿Guerra fría entre Estados Unidos y China? *La Jornada, Bajo la Lupa*, 17 de enero. Obtenido el 19 de septiembre de 2010 desde <http://www.jornada.unam.mx/2010/01/17/index.php?section=opinion&article=014o1pol>.
- Jia Lu (2009). Africa no 1 target for CCCC as \$4 bn projects mount up. *China Daily*, 16 de junio. Obtenido el 1o de septiembre desde http://www.chinadaily.com.cn/cndy/2009-06/16/content_8287018.htm
- Lemos, Anabela y Daniel L. Ribeiro (2007). Taking ownership or just changing owners? Manji, *op. cit.*, 63-70.
- Mahmood Mamdani (2009). *Saviors and Survivors. Darfur, Politics and the War on Terror*. Nueva York: Pantheon Books (Random House Mondadori).
- Mamdani, Mahmood (2009). *Saviors and Survivors. Darfur, Politics and the War on Terror*. Nueva York: Pantheon Books (Random House Mondadori).

- Marks, Stephen (2007). Introduction. Fironze Manji y Stephen Marks (eds.). *African Perspectives on China in Africa*. Cape Town: Fahamu, pp. 1-14.
- Mao Zedong (1971). Sobre la contradicción. *Obras escogidas Tomo I*, Pekín: Ediciones en Lenguas Extranjeras, pp. 333-370.
- Mattu, Harvir (2010). South-South versus North-South preferential trade access: Different countries same outcome? Consultancy Africa Intelligence, 16 de julio. Obtenido el 16 de septiembre de 2010 desde http://www.consultancyafrica.com/index.php?option=com_content&view=article&id=478:south-south-versus-north-south-preferential-trade-access-different-countries-same-outcome&catid=58:asia-dimension-discussion-papers&Itemid=264
- Obiorah, Ndubisi (2007). Who's afraid of China in Africa? Towards an African civil society perspective on China-Africa relations. Fironze Manji y Stephen Marks (eds.). *African Perspectives on China in Africa*. Cape Town: Fahamu, pp. 35-55.
- Organización de las Naciones Unidas (2007). Report of the Panel of Experts established pursuant to resolution 1591 (2005) concerning the Sudan prepared in accordance with paragraph 2 of resolution 1713 (2006). 3 de octubre, 103 p.
- Pan Chengxin (2004). "The China threat" in American Self-Imagination: The Discursive Construction of Other as Power Politics. *Alternatives* 29.
- Sautman, Barry y Yan Hairong (2006). *East Mountain Tiger, West Mountain Tiger: China, the West and "Colonialism" in Africa*. Maryland: University of Maryland.
- Saunders, Doug. China's 'African land grab'. What if Beijing's 'invasion' could be a major development opportunity for farmers in Africa? Obtenido el 10 de abril desde <http://www.theglobeandmail.com/news/opinions/chinas-african-land-grab/article1529779/>
- Snow, Philip (1988). *The Star Raft. China's Encounter with Africa*. London: Wenfield and Nicholson.
- Taylor, Ian (2007). Governance in Africa and Sino-African Relations: Contradictions or Confluence?, en *Politics*, 27. University of St. Andrews.
- Thompson, Drew (2007). China's Emerging Interests in Africa: Opportunities and Challenges for Africa and the United States. Kitissou, *op. cit.*, pp. 45-55.
- Xinhua (2009). Chinese premier announces eight new measures to enhance cooperation with Africa. Xinhuanet, 8 de noviembre. Obtenido el 16 de septiembre de 2010 desde http://news.xinhuanet.com/english/2009-11/08/content_12411421.htm.